

OMNIA POSSUM IN EO QUI ME CONFORTAT =

A.C.N. DE P.

AÑO XXV

1 de junio de 1949

NUM. 436

SIC TRANSIIT...



Estas fotografías recuerdan diversas etapas de la vida y muerte del que fué consiliario nacional de la A. C. N. de P., excelentísimo y reverendísimo señor don Máximo Yurramendi. La primera le retrata, niño aun, el día de su primera Comunión. Después, como estudiante. Luego, como seminarista en Vitoria. Más tarde, sacerdote y canónigo de Madrid, y, por último, Obispo de Ciudad Rodrigo, bendiciendo al pueblo en su entrada en la diócesis. La postrera fotografía nos lo muestra cadáver, a hombros de los que fueron sus queridos seminaristas



...BENEFACIENDO

TRAS UNA VIDA EDIFICANTE, UNA MUERTE EJEMPLAR

Este número de nuestro **BOLETIN** va íntegramente dedicado a la buena memoria del que fué queridísimo consiliario nacional de nuestra Asociación y ejemplar Prelado de la Iglesia española, doctor don Máximo Yurramendi Alcaín. A raíz de su fallecimiento, ocurrido providencialmente el día de la Conversión del apóstol San Pablo, nuestro Patrono, prometimos rendir a su buena memoria este humilde obsequio. Antes fueron las plegarias elevadas al cielo por el descanso eterno de su alma; antes fueron las lágrimas, que corrieron abundantes, aunque dulcificadas por la confianza de que Dios Nuestro Señor le habrá ya dado el descanso merecido... Ahora, este pequeño tributo de afecto, de cariño, de filial devoción hacia quien supo durante varios años orientar, aconsejar y dirigir espiritualmente a nuestra Asociación, a la que tanto quería.

Los últimos momentos

Para conocimiento y edificación de todos vamos a relatar los últimos momentos de la vida mortal de nuestro llorado consiliario.

La terrible arterioesclerosis renal e hipertensión que venía sufriendo desde hacía varios meses, se agravó notablemente en la noche del 24 de enero último. Desde los primeros momentos se vió que el estado del ilustre enfermo ofrecía serios peligros. Y se procedió por parte de los más allegados a tomar las medidas pertinentes, avisándose a los familiares y amigos más íntimos del enfermo.

Como la gravedad se acentuaba cada hora más, a las seis de la mañana el monje y secretario del obispado, doctor don Domingo García, procedió a administrar a su excelencia los Santos Sacramentos. A media mañana, y después de terminadas las horas en la catedral, el deán, ilustrísimo señor don Isidro Martín Gabilán, procedió a administrarle la Santa Extremaunción, que el Prelado recibió con extraordinario recogimiento y fervor.

Durante toda la mañana no cesaron de recibirse en el palacio episcopal llamadas telefónicas, especialmente de Madrid y de Salamanca, interesándose por el curso de la enfermedad y pidiendo detalles sobre la gravedad de la misma.

Se sabe que el domingo por la tarde el doctor Yurramendi había sido visitado por el reverendo padre Yanguas, S. I., profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca, con quien confesó y trató largamente de todas las cosas concernientes al espíritu, en plena lucidez de sentidos y como si previera inmediato el fin de su vida. Y, en efecto, a las ocho



El doctor Yurramendi, acompañado de los Obispos de Jaca y auxiliar de Madrid, el día de su consagración

en punto de la noche del día 25 de enero, festividad de la Conversión del Apóstol San Pablo, exhalaba su último suspiro aquel ejemplar Prelado e inolvidable consiliario de nuestra Asociación que se llamó don Máximo Yurramendi Alcaín. Sin duda, Dios nuestro Señor quiso concederle la gracia de sacarlo de este mundo para llevarlo a su gloria celestial en un día tan señalado como aquel en que la Iglesia conmemora la Conversión del Apóstol San Pablo, patrono de nuestra Asociación, a la que tanto quería el Obispo fallecido.

Al ocurrir el fallecimiento se encontraban presentes el deán de la catedral, doctor Martín Gabilán; el secretario del Obispado, don Domingo García; el doctor, don Manuel Sendin; el sacerdote don Angel Vázquez; la hermana del finado, doña María Yurramendi; su hermano político, don Melitón Irigoyen; su sobrino, don Gerardo Yurramendi; doña Carmen Méndez y la hija de ésta, señorita Pepita Fernández; el señor Valencia, amigo íntimo del finado, que acababa de llegar de Madrid; el médico de cabecera, doctor Calderón, y varios otros amigos.

Momentos después de ocurrir el óbito llamó por teléfono el señor director general de Prensa, don Tomás Cerro Corrochano, para informarse del curso de la enfermedad. El señor Valencia, en nombre del Cabildo y familiares, le comunicó la triste noticia, que produjo al señor Cerro profundo pesar.

Se reúne el Cabildo

Urgentemente, a los pocos minutos de saberse el triste desenlace, se convocó reunión del Cabildo catedralicio, que se celebró en una de las salas del palacio episcopal. Entre los acuerdos adoptados figuraba el de fijar el jueves, día 27, a las once de la mañana, para la celebración de las solemnes honras fúnebres por el alma del ilustre finado, que tendrían lugar en la catedral de Ciudad Rodrigo, verificándose a continuación el entierro

de sus restos mortales. También se acordó comunicar oficialmente la noticia del fallecimiento al Cardenal primado, al Nuncio de Su Santidad, al Jefe del Estado, a los ministros y demás altas jerarquías de la Iglesia y de la nación.

Poco después de las ocho y media llegó al palacio episcopal el Ayuntamiento en pleno, presidido por el alcalde, señor Sánchez Arjona, acompañado de todas las autoridades civiles y militares. Recibidos por el vicario capitular interino, doctor Martín Gabilán, el alcalde testimonió el pésame de la ciudad y el del Ayuntamiento por la muerte del Prelado.

La capilla ardiente

La capilla ardiente quedó instalada a las diez de la noche en el salón del trono del palacio episcopal, adonde habían sido trasladados los restos del finado, que se hallaba revestido con los ornamentos pontificales. El párroco de San Cristóbal, don Heliodoro San Matías, dirigió el rezo del primer rosario en la capilla ardiente. Se establecieron varios turnos de vela de sacerdotes, seminaristas, religiosos y miembros de Acción Católica, que se fueron relevando durante toda la noche. A las seis de la mañana se dijo la primera misa por el secretario del Obispado, don Domingo García, y luego se dijeron misas cada media hora. Todas las autoridades de Ciudad Rodrigo acudieron asimismo a velar el cadáver durante la noche. A la misa que se celebró en la capilla ardiente a las diez de la mañana asistió el Ayuntamiento en pleno, que, además, había rogado al comercio e industria de la población que suspendieran toda actividad en señal de duelo durante la mañana hasta que finalizasen los actos religiosos. Desde que se conoció la triste noticia y durante toda la noche y el día siguiente no cesó el desfile de fieles por palacio, deseosos de ver por última vez a su amado Obispo.

Testimonios de pésame

El primero en llamar telefónicamente fué el Nuncio de Su Santidad, monseñor Cicognani, que lamentó muchísimo no poder asistir al funeral del Obispo fallecido, a quien tanto quería. También fué de los primeros en llamar nuestro Presidente, don Fernando Martín-Sánchez, en nombre de la Asociación y en el suyo propio, anunciando que asistiría a los funerales con una nutrida representación de propagandistas. Asimismo se recibieron testimonios de pésame del señor ministro de Asuntos Exteriores, que manifestó había designado para que lo representase en el funeral y entierro a nuestro Presidente, don Fernando Martín-Sánchez Juliá; presidente de las Cortes, Arzobispos de Valladolid y de Granada, Obispos de Salamanca, Málaga, Plasencia, Solsona, Orense y, finalmente, de casi todos los Prelados españoles; Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, de la que el doctor Yurramendi era profesor; etc., etc.

Telegrama de Su Excelencia el Jefe del Estado

A primera hora se recibió el siguiente telegrama: "En nombre de Su Excelencia el Jefe del Estado, envío su más sentido pésame a ese Cabildo por fallecimiento Obispo diócesis, doctor Yurramendi, rogándole lo haga extensivo a familiares ilustre finado.—Jefe de la Casa Civil de Su Excelencia el Jefe del Estado."

Llegada de nuestro Presidente

A las seis de la tarde llegó a Ciudad Rodrigo nuestro Presidente, don Fernando Martín-Sánchez Juliá, a quien el ministro de Asuntos Exteriores había conferido su representación en el acto del entierro. Fué recibido por el vicario capitular y familiares del Prelado. Oró unos momentos en la capilla ardiente y pasó a las habitaciones particulares del finado. A las ocho llegó el director general de Asuntos Eclesiásticos, don Mariano Puigdollers, que ostentaba la representación del ministro de Justicia, y que también fué re-

cibido por el vicario capitular y Cabildo. Asimismo oró en la capilla ardiente y pasó a dar el pésame a la familia.

A las nueve llegó el señor Obispo de Segovia, y durante las últimas horas del día fueron llegando otras altas personalidades.

Los funerales y el entierro

Desde las primeras horas de la mañana del día 27, la catedral y sus alrededores, así como el palacio episcopal, estaban invadidos por una gran muchedumbre. El alcalde de la ciudad había rogado previamente al comercio que cerrase sus puertas para que todos los mirobrigenses pudiesen dar un adiós a los restos mortales del querido Prelado. A las diez empezaron a llegar las autoridades, congregaciones y cofradías. Entre tanto, el desfile de fieles por la capilla ardiente continuaba sin interrupción.

Las campanas de la catedral y de todos los templos doblaban sin cesar. A las doce se puso en marcha la fúnebre comitiva. Las autoridades y Prelados subieron al salón del trono para recoger el cadáver, que era portado a hombros de sacerdotes y seminaristas. El instante en que apareció el féretro en la puerta de palacio fué de gran emoción. Abrían marcha las cinco mangas parroquiales, los estandartes, banderas y banderines de todas las Ramas de Acción Católica y de las organizaciones religiosas; seguían en dos filas los seminaristas, los jóvenes de Acción Católica, los estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza, niños de todas las escuelas y miembros de asociaciones.

El féretro, descubierto, dejaba ver el cadáver del llorado Obispo, revestido de pontifical, con báculo y mitra; dábale escolta el Cuerpo de Bomberos Voluntarios, de gala, y sacerdotes y seminaristas se turnaban para llevarlo. A continuación iba el Obispo de Salamanca, doctor Barbado, revestido de pontifical, y detrás los Prelados de Ereso, Segovia, Avila, Zamora y auxiliar de Madrid, así como el vicario capitular, doctor Gabilán, que ostentaba la representación del señor Nuncio de Su Santidad. En la representación civil figuraban el director general de Asuntos Eclesiásticos, en representación del mi-

nistro de Justicia; nuestro Presidente, don Fernando Martín-Sánchez Juliá, en representación del ministro de Asuntos Exteriores y de la A. C. N. de P.; el gobernador civil de Salamanca, en representación del presidente de las Cortes y del ministro de la Gobernación; excelentísimo señor gobernador militar de la provincia, presidente de la Diputación Provincial de Salamanca, con varios gestores; alcalde de Salamanca, representantes de la Diputación de Guipúzcoa y otras muchas autoridades.

La presidencia familiar la integraban don Gerardo Yurramendi, don Melitón Irigoyen, médico de Urnieta; don Tomás Peinado, canónigo penitenciario de Valladolid, secretario que fué del doctor Yurramendi, y el señor Valencia, abogado de Madrid.

Detrás de estas tres presidencias iban todas las representaciones provinciales y locales, así como las que habían llegado de diferentes puntos de toda España. Varios Centros de propagandistas enviaron representantes al entierro de nuestro llorado consiliario. Cerraba el cortejo una inmensa muchedumbre.

A las once y media llegó a la catedral, que inmediatamente se vió llena de público. Depositado el féretro sobre el gran túmulo levantado ante la capilla mayor, los Prelados se situaron en el presbiterio y las presidencias a ambos lados de la capilla. Ofició el funeral el excelentísimo señor Obispo de Salamanca, doctor Barbado y Viejo, en representación del señor Arzobispo de Valladolid, que se encontraba enfermo. Le asistieron: como presbítero asistente, el canónigo don José María Blanco; diáconos de honor, el doctoral don Manuel Sendín y el secretario de cámara, don Domingo García; diáconos de oficio, los canónigos señores Morales y Moro, y maestro de ceremonias, el rector del seminario, señor Obregón. El coro de la catedral y la "schola cantorum" del seminario interpretaron la "Misa de réquiem" de Perosi a tres voces. Pronunció la oración fúnebre el canónigo magistral de Ciudad Rodrigo, don Emeterio Ladero, con palabras que estuvieron impregnadas de los más hondos sentimientos de emoción y de cariño hacia el Prelado fallecido, cuya personalidad quedó excelentemente perfilada como la de un sacerdote santo y un Obispo ejemplar.

A continuación, todos los señores Obispos entonaron responsos, siendo el último en hacerlo el de Salamanca; y acto seguido se procedió a descender del catafalco el féretro, que con el más solemne ceremonial fué colocado en la fosa abierta en el suelo junto a las tumbas de los Obispos Ramírez de la Piscina y Mazarrasa.



Recibiendo las congratulaciones de un grupo de propagandistas

Obras completas del reverendo padre Angel Ayala

Dos gruesos volúmenes de
1.000 páginas cada uno:
100 pesetas los dos tomos

Pedidos a la Secretaría General
de la A. C. N. de P.
Alfonso XI, 4, 5.º

“Pasó por el mundo haciendo el bien”

Por Fernando MARTIN-SANCHEZ JULIA

La Asociación Católica Nacional de Propagandistas, al publicar, dolorida y quebrantada, el recordatorio del que fué su inolvidable Consiliario Nacional, excelentísimo y reverendísimo doctor don Máximo Yurramendi, no ha querido aplicarle otra máxima ni frase de los Sagrados textos que ésta que se dijo de Nuestro Señor Jesucristo: “Pertransiit benefaciendo”. Salvando, cierto es, con respetuoso culto a la Divinidad, la inmensa distancia que siempre ha de existir entre el Creador y la criatura, hemos creído que a nuestro don Máximo le era perfectamente aplicable aquel dictado: “Pasó por el mundo haciendo el bien.”

Le conocimos sacerdote muy mozo, recién doctorado en Roma, y ya famoso por la claridad de su pensamiento teológico y por una gran simpatía que le atrajo, sobre todo entre los jóvenes, muchas amistades. Explicó Criteriología en la Escuela de Periodismo de “El Debate”, y desde entonces su fama de virtud, cordial y atrayente, su accesibilidad para todos y su amable diligencia para contestar las objeciones o resolver las dudas o aconsejar en tantos trances espirituales y aun materiales, a veces nada fáciles, que le sometían los muchachos, fueron haciéndose populares en los medios católicos de Madrid.

Por fortuna suya la guerra civil no le sorprendió en zona marxista, y así, restablecida la paz, pudo volver al Madrid de su apostolado, de cuyo cabildo era gala y honor. Se reintegró al Centro de Estudios Universitarios, entre cuyos profesores, de los cuales han salido ya una treintena de catedráticos de la Universidad del Estado por oposición, eran notables sus charlas de los viernes, en las que discutían de temas teológicos, y en las que la sagaz inteligencia de los jóvenes juristas encontraba en don Máximo su adecuado guía y su profundo y claro orientador.

También como profesor encargado de la cátedra de Religión en la nueva Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, le conocieron y admiraron los estudiantes de la Universidad de Madrid.

Fué nombrado consiliario del Centro de Madrid de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, y después Consiliario Nacional de la misma Asociación en 22 de junio de 1940.

Siendo innumerables sus ocupaciones, nunca faltaba a los actos de la Asociación de Propagandistas. Muchos miembros de ésta empezaron a dirigirse con él espiritualmente, y no pocos le trataban muy a fondo. Para todos tenía tiempo y lugar.

La Asociación recibió con gozo su elevación al episcopado y le apadrinó, representada por su Presidente, en las inolvidables ceremonias de la iglesia mayor de Santa María, de San Sebastián. ¡Qué actos tan solemnes! Aun recuerdan los que a ellos asistieron la grandiosidad musical con que se les rodeó; el Orfeón Donostiarra, los coros de los franciscanos y otras muchas voces sonaron de modo inolvidable bajo las bóvedas del templo de Santa María. ¡Aquel final del credo! Todo lo merecía la virtud y el carácter acogedor y amable de don Máximo.

Por cierto que el Prelado consagrante, monseñor Ballesteros ya entonces



En sus visitas pastorales le satisfacía ponerse en contacto con el pueblo

Obispo de Vitoria, ha muerto pocos días después que el Obispo a quien consagró, nuestro querido don Máximo Yurramendi.

La entrada en la diócesis la recorda mos todos por el espectáculo de desbordamiento popular que fué. Los charros, cabalgando desde kilómetros an-

tes de Ciudad Rodrigo, dieron escolta al coche del Prelado. El pueblo se agolpaba en las calles. Don Máximo pasó por ellas benditiendo. Pasó por ellas como ha pasado por la vida toda: bendiciendo y haciendo bien.

Dios le habrá premiado en su eterna justicia.

DATOS BIOGRAFICOS

El recientemente fallecido señor Obispo de Ciudad Rodrigo y Consiliario Nacional de la Asociación, doctor don Máximo Yurramendi y Alcaín había nacido en Urnieta (Guipúzcoa) el 30 de julio de 1897; contaba, pues, al morir, cincuenta y un años. Cursó estudios de Latín y Humanidades en Andoain; Filosofía, en el Seminario de Vitoria, de donde salió en 1918 para seguir los cursos de Teología en Roma, en el Colegio Español de la Ciudad Eterna. Allí se doctoró en Filosofía por la Academia de Santo Tomás, y en Teología, por la Universidad Gregoriana. Obtuvo el premio extraordinario Santo Tomás de Aquino en la Academia de este nombre e intervino brillantemente en diversas disertaciones en la Universidad Gregoriana.

De regreso de Roma fué profesor en el Seminario de Vitoria, y después en el de Madrid, en las cátedras de Teología Dogmática y de Historia de la Filosofía. En 1922 fué ordenado sacerdote, y al año siguiente ocupó la secretaría particular del Obispado de Madrid-Alcalá hasta 1929.

En 1925 había sido nombrado también canónigo de la colegiata de Alcalá de Henares, hasta 1940, en que pasó a la misma dignidad de canónigo en la catedral de Madrid.

Durante varios años fué profesor de Criteriología en la Escuela de Periodismo de “El Debate” y ha explicado varios cursos de Filosofía en el Centro de Estudios Universitarios. También fué durante varios años profesor en el Instituto de Cultura Religiosa Superior

En diciembre de 1945, Su Santidad Pío XII, a propuesta del Gobierno español, se dignó designarle para la alta dignidad episcopal como Administrador Apostólico de Ciudad Rodrigo y Obispo titular de Messene. La consagración, que revistió extraordinaria solemnidad, se verificó en San Sebastián, con asistencia del ministro de Justicia, altos funcionarios del departamento, autoridades provinciales y del Ayuntamiento y toda la población de la ciudad en masa. Numerosos propagandistas de toda España acudieron al acto, que tuvo lugar el día 31 de marzo en la iglesia matriz de Santa María, abarrotada de fieles. Ofició como consagrante el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de Vitoria, también fallecido hace poco, doctor don Carmelo Ballester Nieto, y actuaron como Obispos asistentes los excelentísimos y reverendísimos señores doctor don Casimiro Morcillo, auxiliar de Madrid, y doctor don José Bueno Monreal, Obispo de Jaca. Fueron padrinos de la ceremonia nuestro Presidente, don Fernando Martín-Sánchez Juliá, y doña Felicitas de Pereda-Vivanco de Zulueta. Con tal motivo la A. C. N. de P. celebró varios actos de extraordinaria solemnidad, destacando la función religiosa en el camarín de la Virgen del Coro, en la que el doctor Yurramendi dijo para los propagandistas su primera misa después de su consagración y pronunció la hermosísima plática que reproducimos en otro lugar.

Un mes más tarde, el domingo 28 de

LA A. C. N. DE P. EN LA MUERTE DEL DOCTOR YURRAMENDI

SOLEMNES FUNERALES EN LA IGLESIA DE LA ENCARNACION

EN EL SALON DE ACTOS DE LA EDITORIAL CATOLICA SE CELEBRO UNA VELADA NECROLOGICA, CON DESTACADAS INTERVENCIONES

La Asociación Católica Nacional de Propagandistas, a la que tanto quiso el Obispo de Ciudad Rodrigo, doctor don Máximo Yurramendi, no podía menos de honrar su grata memoria en la forma mejor en que suelen hacerlo los espíritus agradecidos y cristianos.

Tan pronto se tuvo noticia de su fallecimiento, y ello fué a los pocos minutos de ocurrir el óbito, nuestro Presidente lo comunicó a todos los Centros, Núcleos y Correspondencias, ordenando oraciones y sufragios por su alma. Numerosos propagandistas, no contentos con esto, se trasladaron a Ciudad Rodrigo para asistir al acto del entierro y rendir de este modo un último tributo de cariño al Prelado fallecido. Aparte de las misas y demás sufragios, la presidencia, de una manera pública y oficial, dispuso que se celebrasen solemnes funerales por su alma y una velada necrológica en su memoria.

Las honras fúnebres se celebraron en la iglesia del real monasterio de la Encarnación, de Madrid, y revistieron extraordinaria solemnidad. En el centro del templo se había levantado un túmulo severamente decorado. Figuraban en la presidencia, al lado de don Fernando Martín-Sánchez, el ministro de Asuntos Exteriores, presidente de las Cortes, el subsecretario de Educación Popular, en



El doctor Yurramendi bendice al pueblo, que le aclama delirante

representación del ministro de Educación Nacional; el teniente de alcalde señor Alonso de Celis, en representación del alcalde de Madrid; el director general de Prensa, señor Cerro Corrochano, y el sobrino del finado, don Gerardo Yurramendi. El Patriarca de las Indias y Obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo y Garay, ocupó un lugar destacado, al lado del presbiterio.

Ofició el Obispo titular de Eresso y consiliario general de la Acción Católica Española, monseñor Zacarías de Vizcarra, asistido por los canónigos de Madrid don José Utrera Maresca, secretario de cámara del Obispado, y don Jesús Enciso, lectoral de la catedral.

abril, hacía su entrada en Ciudad Rodrigo, en medio del más fervoroso entusiasmo de toda la ciudad y aun de toda la diócesis, que destacó desde las más alejadas aldeas representantes para recibir al nuevo Pastor. También, con ese motivo, la A. C. N. de P. tributó a su Consiliario Nacional el fervoroso homenaje de su afecto y de su respeto. Con el Presidente de la Asociación, don Fernando Martín-Sánchez Juliá, acudieron a Ciudad Rodrigo numerosos propagandistas de Madrid, San Sebastián, Salamanca, Murcia y otros Centros.

Entre sus numerosos trabajos, en que se reveló como uno de los mejores maestros de la Teología española contemporánea, figuran los libros "Lope de Vega y la Teología" y "Fundamentos racionales del dogma católico", así como otras muchas interesantes publicaciones y artículos en revistas y periódicos, que le valieron premios y distinciones en España y en el extranjero.

Sobre su actuación como profesor, como sacerdote, como Consiliario de la Asociación y, en fin, como Prelado, nada hemos de decir, puesto que todo va magníficamente expuesto en los discursos pronunciados en la velada necrológica de que damos cuenta en este mismo número.

Entre los asistentes figuraban el presidente de la Junta Técnica Nacional de Acción Católica, don Alfredo López; el conde del Sacro Romano Imperio, en representación del Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo; el marqués de la Vega de Anzo; el padre Cantero, asesor religioso de Auxilio Social; don Francisco de Luis, consejero delegado de La Editorial Católica; don Luciano de Zubiría, don Luis de Zulueta; director de la agencia Efe, señor Gómez Aparicio; miembros del Tribunal de la Rota; representantes de las cuatro Ramas de la Acción Católica y numerosos propagandistas y fieles, que llenaban por entero el hermoso templo.

Otro de los actos organizados en memoria del doctor Yurramendi, la velada necrológica, también revistió gran esplendor. Tuvo lugar el día 7 de abril en el salón de actos de La Editorial Católica, que resultó pequeño para el numeroso público que acudió a la sesión. Presidió el señor Obispo auxiliar de Madrid-Alcalá, doctor Morcillo, a quien acompañaban nuestro Presidente, don Fernando Martín-Sánchez; el director general de Prensa, señor Cerro Corrochano; el consiliario del Centro de Madrid, doctor Enciso y Viana, y el ilustrísimo señor alcalde de Ciudad Rodrigo, señor Sánchez Arjona.

Habló en primer lugar nuestro compañero don Leopoldo Eulogio Palacios, catedrático de la Universidad de Madrid, que desarrolló el tema "Don Máximo, propagandista", y a continuación lo hicieron los muy ilustres señores don Jesús Enciso y don Domingo García, canónigos, respectivamente, de Madrid y de Ciudad Rodrigo, que estudiaron la personalidad del doctor Yurramendi como sacerdote y como Obispo, finalmente cerró el acto con breves palabras el ilustrísimo señor alcalde de Ciudad Rodrigo, que habló en nombre del Ayuntamiento de aquella ciudad para exponer la labor de don Máximo en favor del pueblo. Los cuatro oradores, cuyos discursos se publican integros en este mismo número, fueron muy aplaudidos.

Al final del acto, el señor Obispo auxiliar, doctor Morcillo, rezó un responso por el alma del Prelado fallecido y querido Consiliario de la A. C. N. de P.

Acción Católica y Acción Social La doctrina pontificia

Por la Escuela Social Sacerdotal de Málaga, dirigida por el excelentísimo y reverendísimo don Angel Herrera Oria

Colección de documentos pontificios agrupados por capítulos, con un cuidadoso índice de materias

Precios: cinco pesetas

Pedidos a la Secretaría General de la A. C. N. de P., Alfonso XI, 4 5.º

DON MÁXIMO, PROPAGANDISTA

DISCURSO DE DON LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS, CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA DE MADRID

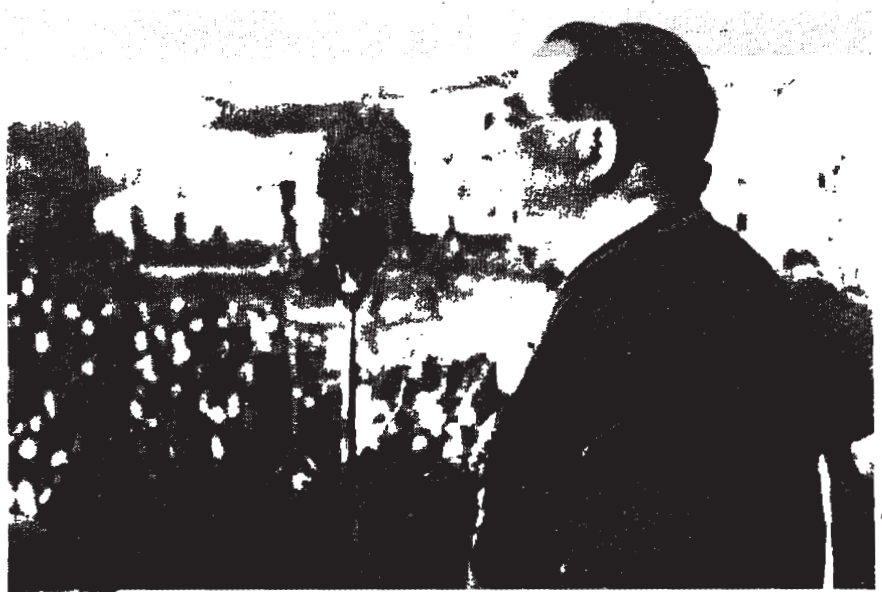
El honor es la testificación, por obras o palabras, de la excelencia de alguno. La testificación que define al honor debe exhibirse a una persona presente, o, por lo menos, a su imagen o representante. Se honra, por ejemplo, la presencia de un rey o la presencia de su delegado; se honra a los santos en las imágenes y reliquias que nos han dejado. Y dicen los tratadistas que cuando la testificación de una excelencia se refiere a una persona ausente o muerta, más pertenece a la fama que al honor.

Yo quiero pensar ahora que esta última observación de los moralistas no reza con nosotros, porque nos hemos reunido aquí para honrar la memoria del excelentísimo y reverendísimo doctor don Máximo Yurramendi Alcaín, y yo no me resigno a pensar que está ausente de nosotros.

El honrar la memoria de don Máximo no es para nosotros nada difícil. El "hacer honor" debe ser siempre un acto de justicia. De la excelencia de la virtud de don Máximo, de su vida humanísima, abnegada y luminosa emana un mérito que nosotros, pobres hombres de carne y hueso, sólo podemos intentar premiar con nuestras pobres obras y nuestras balbucientes palabras, y que sólo Dios puede honrar en el cielo con una merced inmarcesible. Pero a pesar de nuestras dificultades para expresar el testimonio de nuestro respeto, hallamos en nosotros algo que nos allana y facilita este acto de justicia, y ese algo imponderable, y que, sin embargo, pesa tanto, es nada menos que el amor.

Don Máximo supo hacerse amar. Y un escritor del siglo XIX, Joubert, dijo de una vez para siempre esta sentencia profunda: "Hay que hacerse amar, porque los hombres no son justos más que con aquellos a quienes aman." Los hombres son justos con aquellos a quienes aman, y no son justos con aquellos a quienes no aman. Y precisamente porque don Máximo Yurramendi se hizo amar de todos, nos es tan fácil hacer hoy este acto de elemental justicia.

Don Máximo Yurramendi fué, entre otras muchas cosas que nos dirán los insignes oradores aquí reunidos, y entre



El Prelado de Ciudad Rodrigo en uno de sus frecuentes discursos

otras muchísimas cosas más que no nos dirá nunca nadie, porque son inefables, el consiliario de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el consiliario, además, del Centro de Madrid. Y precisamente por haber tenido el alto cargo de Consiliario Nacional fué también el propagandista número uno de la Asociación. Un consiliario, la palabra lo dice—*consiliarius*—, es un consejero.

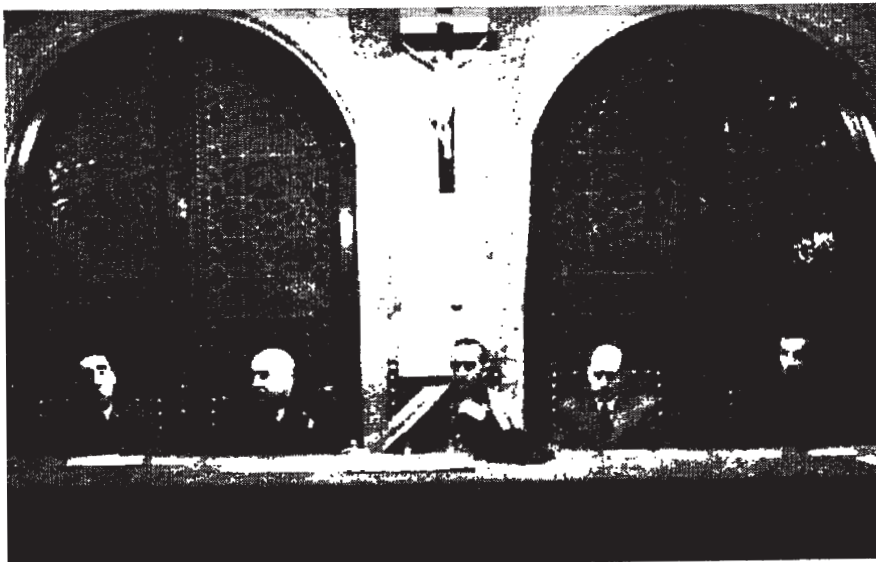
La concepción que tenía don Máximo del propagandista, y de la que él era vivo ejemplo, la expuso en una preciosa plática dirigida a los propagandistas con ocasión de celebrar su primera misa como Obispo en la capilla de la Virgen del Coro de la iglesia de Santa María, en San Sebastián. "Levantad vuestros ojos y mirad que los campos están blancos para siega—decía—. Ahí está el primer paso del propagandista: el apostolado." "Arrancad de vosotros—decía poco después—todo lo que pueda ser egoís-

mo, y suplantado por el espíritu divino, por el espíritu sobrenatural." Y siempre comentando palabras del Evangelio, continuaba: "Muchos siguen a Cristo en este mundo mientras no hay obstáculos en el camino. Pero cuando hay que observar la virtud cristiana en medio de tentaciones, de dificultades, cuando cuesta ser cristiano, cuando el ambiente que nos rodea no es propicio ..., es preciso que digamos como apóstoles: ¿A quién seguiremos sino a Ti, que tienes palabra de vida eterna?"

También es notable, entre otras innumerables intervenciones, aquella ponencia que desarrolló en la trigésima séptima asamblea de secretarios de la Asociación, celebrada en Madrid en mayo del año pasado. Don Máximo desarrolló en ella el tema referente a **La sección de San Pablo y medios de incrementar la piedad de los propagandistas**, y en ella, como en todo lo suyo, resumía, en forma breve y con palabras sencillas e impregnadas de sentimiento, arduas cuestiones de teología ascética.

Don Máximo, en todas sus innumerables intervenciones, nos dejó un testimonio vivo de su constante solicitud por la propaganda católica. Yo sé hasta qué punto amaba profundamente a la Asociación; pero basta recordar el hecho notorio de que fué ésta la que, en la persona de su Presidente, don Fernando Martín-Sánchez, le apadrinó en su consagración episcopal, y que ante los propagandistas dijo su primera misa como Obispo, dedicándoles la plática citada anteriormente.

El mayor consuelo que podemos tener recordando a don Máximo es pensar que no sólo se hizo querer mucho de todos nosotros, sino que también nos amó mucho. Y en la intercesión de ese amor que él nos tuvo, y que es más fuerte y poderoso que la muerte, que todo lo allana, debemos depositar ahora nuestra confianza, para que podamos sobrellevar nuestro trabajo y nuestros desvelos con la perfección espiritual que él para nosotros pidió siempre.



La presidencia durante la velada necrológica en memoria del doctor Yurramendi

DON MAXIMO, SACERDOTE

Por el M. I. Sr. D. JESUS ENCISO VIANA
Canónigo de Madrid

DON JESUS ENCISO, consiliario del Centro de Madrid.

Excelentísimo y reverendísimo señor, señoras y señores:

La basílica de San Pedro, espléndida, magnífica en su amplitud, cobija bajo aquel baldaquino de Bernini el altar papal. Debajo hay una cripta; la confesión. Y en la cripta, una capilla en forma de cruz con un altar al fondo. El altar más próximo al lugar donde se creía —se cree ahora, las excavaciones dirán la realidad—descansan los restos de San Pedro. Allí dije un día mi primera misa. Reunido con un grupo de amigos, pequeño, huyendo de propósito de toda aquella fastuosidad, de aquella solemnidad, que a veces distrae un poco en este día tan solemne, por primera vez subí las gradas del altar, y siempre en mi recuerdo quedará unida a las impresiones de este día aquella capilla colocada en el lugar más santo de Roma. Pasando el tiempo, cayó un día en mis manos un librito muy bello. Se titulaba "Cumbres y abismos", y en él su autora hablaba de un sacerdote que también dijo su primera misa sobre el sepulcro de San Pedro, y que experimentó tal impresión al consagrar por primera vez el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que al caer de rodillas después de la consagración del cáliz, no se sentía con fuerzas para levantarse. No sé por qué, desde el primer momento pensé que este sacerdote era don Máximo. Y, efectivamente, fué él. Don Máximo, en aquel lugar santo de Roma, en aquel centro de la cristiandad, comenzaba aquel día solemne su carrera sacerdotal, su caminar de sacerdote por el mundo, que había de terminar en la diócesis de Ciudad Rodrigo.

Principio humilde de una gran carrera

Don Máximo se formó en Andoain, en Vitoria y en Roma. Andoain es un bello pueblo guipuzcoano que tenía un seminario menor donde estudiaban las humanidades los alumnos de Guipúzcoa. En él la disciplina estaba en todo vigor, pero, sobre todo, en él había un sabio rector, don Joaquín Ustoa, eminente como latino. A este seminario, allá por el año 1910 al 14, venía todos los días del curso por la carretera de Urnieta un grupo de tres muchachos: uno de ellos, con el tiempo, dejó los estudios, se hizo médico luego, y ya murió. Otro era un muchacho alto y delgado; se llamaba Esteban, que más tarde ingresó en la Compañía de Jesús y murió santamente en el santuario de Loyola. El tercero era bajito y grueso. Vestía unos pantalones de dril, una chaqueta más bien corta; en invierno se cubría con un abrigo, y envuelto en una bufanda solía ir repasando sus lecciones por la carretera, llevando en la otra mano una cesta de mimbre con la comida. Este era Máximo. Los tres venían a la casa del cartero. Allí hacían su comida y recibían las atenciones necesarias. La mañana y la tarde las pasaban en el seminario, y por la noche emprendían el retorno a Urnieta. El caserío de Echeverri distaba más de tres kilómetros. Por allí pasó don Máximo sus primeros cuatro años de estudios. Allí se dedicó con afán al estudio del latín, y del aprovecha-

miento con que lo hizo nos habla la nota que en todas sus asignaturas sacó, siempre la mayor: Meritissimus. Obtuvo además el premio en los tres primeros cursos y el accésit en el cuarto. Pero quizás más que todo esto nos hablan de su aprovechamiento en aquel centro de estudios de latinidad sus años posteriores.

Don Máximo fué un latinista excelente. Todavía estaba estudiando en Roma cuando un día, no sé por qué, vinieron al Colegio Español unos alumnos del Colegio Germánico, que vestidos con su sotana roja traían a los españoles una felicitación escrita en versos latinos. Ellos sabrán el tiempo que les costaría el estrujarse la cabeza para sacar aquellos versos latinos. Se reunieron, como en las fiestas no muy solemnes, en el comedor, un comedor amplio, de largas mesas, y al fondo, entre las dos puertas de entrada, el púlpito, adonde el alemán subió y leyó sus versos latinos. Hubo aplausos y agasajos, y mientras duraba aquella fiesta hubo un colegio español que se sentó en la mesa, tomó una pluma y se puso a escribir.

año 1914. Venía sellado ya con el sello del hombre de talento.

En el Seminario de Vitoria

Tenía entonces diecisiete años. En Vitoria estudió filosofía durante tres años. Yo no le conocí allí. Cuando llegué al Seminario de Vitoria don Máximo había marchado ya a Roma. En aquel caserón que era antes el Seminario de Vitoria, caserón antiguo que se levantaba a la sombra de la torre de la catedral, pasó, pues, tres años, y cuando yo fui, cuando se quería decir que uno estudiaba mucho, decían: "Este estudia casi tanto como Yurramendi; aquél hasta en las siestas estudiaba filosofía." Y, efectivamente, estudió la filosofía con afán. Nos lo dicen sus notas obtenidas: de nuevo la nota superior, meritissimus; premio en Lógica y Ontología, Cosmología, Psicología, Historia de la Filosofía, Teodicea y Ética; es decir, en todas las asignaturas principales. Por si esto fuera poco, cuando fué a Roma todavía se perfeccionó en la Filosofía y se docto-



Durante la misa, el día de su consagración episcopal

Cuando quisieron marchar los germánicos ya les entregaban un pliego con la respuesta a su felicitación, también en versos latinos. El seminarista que había escrito dichos versos era don Máximo, y los germánicos se quedaron pasmados porque a ellos les había costado tanto trabajo el escribir unos versos, y el seminarista español, en un momento, había hecho la contestación.

Pasaron los años; don Máximo vino a Madrid. El señor Obispo de Madrid, al traerle, le colocó intencionadamente en la Secretaría de Documentos latinos y Cartas para Roma. Y las congregaciones romanas, sin que nadie se lo advirtiera, cayeron inmediatamente en la cuenta de que aquel latín que venía en los documentos madrileños era una cosa nueva y felicitaron por ello al señor Obispo.

Don Máximo terminó sus cuatro años en Andoain y llegó a Vitoria en los últimos días del mes de septiembre del

ró en la Academia de Santo Tomás de Aquino. Hasta dónde llegaban sus conocimientos en esta materia no solamente lo saben aquellos que tuvieron la suerte de ser sus alumnos en Madrid, sino también tantos y tantos que estudiando en la Universidad tuvieron el acierto de acercarse a él y enlazar con él la conversación sobre temas filosóficos. No daba la impresión de ser el hombre que sube trabajosamente la cuesta viendo levantarse dificultades, sino más bien el hombre que desde la altura contempla sereno y tranquilo las distintas cimas, viendo con intuición cierta los defectos y los aciertos, sin escatimar las alabanzas, aun para aquellos que estuvieran más lejanos de su pensamiento, si él creía que en realidad las merecían.

En Vitoria estudió también un año de Teología, obteniendo la máxima calificación y el premio en Teología Fun-

damental, Instituciones de Derecho Canónico y hasta en lengua hebrea.

Su formación en Roma

Pero ya al empezar el curso siguiente el año 1918, sus superiores pensaron que don Máximo debía ir a estudiar Teología a Roma, y a Roma fué. Llegó en este año al Colegio Español. Los que hemos conocido a don Máximo podemos comprender lo que para él debió ser encontrarse ante el horizonte magnífico de la ciudad de Roma, en todos los órdenes. En la Universidad Gregoriana, adonde acuden hombres de todas las na-

subrayando en rojo aquellos pensamientos que más le habían llegado al alma, y después, en azul, aquellos que por alguna otra razón le habían interesado. A última hora no la pude tener a mano.

Profesor en el Seminario

Así fué pasando su vida de Roma, y ya el año 1922, ordenado de sacerdote el día de San José, en el Colegio Español, dijo a los pocos días su primera misa sobre el sepulcro de San Pedro. Luego, al principio del curso 1922-23, don Máximo Yurramendi hacía su aparición en el Seminario de Vitoria como

en su cabeza una serie de conocimientos enormes.

Su actividad en Madrid

Desgraciadamente para la diócesis de Vitoria, afortunadamente para la diócesis de Madrid, al terminar aquel curso, el excelentísimo señor Obispo de Vitoria fué nombrado Obispo de Madrid, y en seguida pensó en traerse consigo a don Máximo. Era el año 1923, cuando don Máximo llegaba a la diócesis de Madrid.

Por lo mismo que él no está presente, se puede decir con libertad que junto a nuestro señor Obispo, ¡cuánto se aprende! Es una de esas escuelas en que, sin que nadie se ponga en profesor, solamente con estar a su lado, con ver y oír, se aprende muchísimo; y realmente don Máximo no perdió la ocasión de aprender. Desde el primer momento se le encomendó la secretaría de cartas latinas y preces a Roma. Y después, dada la calidad de don Máximo, ¿a quién va a extrañar que fuesen amontonándose sobre él los cargos? Cuando uno empieza a leer, encuentra una lista casi interminable: secretario particular del señor Obispo de Madrid desde 1923 a 29, profesor del Seminario de Madrid de 1923 a 1926 y luego de 1929 en adelante, secretario de cartas latinas y preces a Roma desde 1923, canónigo de Alcalá de Henares desde 1925 a 1939, profesor de la Escuela de Periodismo de "El Debate" en 1932, profesor del C. E. U. desde 1932, profesor del cursillo de la catedral de Madrid de 1934, canónigo de Madrid desde 1939, profesor del Instituto de Cultura Religiosa Superior desde 1940 y, en fin, rector de la Encarnación, jefe de la Sección de Teología del Instituto "Francisco Suárez", de Investigaciones Científicas; consiliario de la Junta diocesana de Acción Católica, consiliario del Centro de Madrid y nacional de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, y todavía me temo que alguna otra cosa me haya dejado.

Don Máximo, director de almas

Una de las cosas que me asombraron siempre en don Máximo fué su enorme actividad. Cuando yo creía que estaba saturado de trabajo, todavía le veía que se encargaba de una cosa más, y le veía desenvolverse con la misma naturalidad con que hasta entonces se había desenvuelto. Pero con ser tan interesante el aspecto suyo de profesor en el Seminario, la labor profunda, callada, como todas las que hizo siempre don Máximo, pero provechosa y fecunda que realizó en el Seminario de Madrid y la labor docente que en distintos centros de Madrid fué desarrollando—ahora recuerdo que me dejé una, la del Consejo Diocesano de Mujeres de Acción Católica, donde tantos años dió sus clases—, con ser todo esto tan importante, quizá en su espíritu no dominaba tanto como la dirección de las almas. ¿Quién podrá precisar hasta dónde se extendió? Apenas da uno un paso por una parte de Madrid donde no encuentre una persona que era dirigida de don Máximo, y entre estas personas, lo mismo encontramos al hombre de mentalidad elevada, conocimientos amplios y problemas complicados, que la persona más sencilla, de menor cultura, pero de un grande deseo de servir a Dios. Y no es que él haya sido nunca el confesor de moda. Sabéis que siempre hay un confesor de moda. No pasó esto con don Máximo. Yo veía que las almas iban a don Máximo



Administrando la Sagrada Comunión a los fieles

ciones, encontró horizontes amplios, profesores sabios, y allí fué abrevando su espíritu. En su hoja de estudios veo que ya el primer año, en el bachillerato de Teología, obtuvo la calificación de "Summa cum laude", la mayor que se daba entonces en la Gregoriana, y además obtuvo el premio. Al terminar la Teología obtuvo también la calificación de "cum laude" al hacerse doctor. Al mismo tiempo asistía a la Academia de Santo Tomás y se doctoró en Filosofía, y tomó parte en un certamen y se llevó el premio. Así fué cultivando su espíritu en Roma.

Pero no era solamente la ciencia su preocupación. Todos sabemos que don Máximo era un espíritu selecto, al cual las artes no podían dejar indiferente. Y entre todas las bellas artes su espíritu se sentía especialmente atraído por la música. Allí, donde tan buena y tan abundante música se oye, él se encontraba como en su centro. En el Colegio Español él era el director de la "schola cantorum", y este puesto le daba ocasión de tratar de cerca al maestro Réfice, que por algo, el día en que don Máximo fué consagrado Obispo, quiso que en San Sebastián se cantase la misa de Réfice.

Pero esta vida de cultura no era la única que se estaba fraguando en don Máximo. De la otra, de la que pasaba por su espíritu, de la que pasaba por su alma, de su crecimiento en el Señor y de su acercamiento a Dios, difícilmente podemos hablar si no es haciendo relación a lo que todos conocen, porque en aquellos años se fué granando el trigo que después había de alimentar a tantas almas. Yo quería haberos traído una "Imitación de Cristo", de estos años de Roma, de don Máximo, en la cual él fué

profesor. Fué entonces cuando por vez primera le conocí. Recuerdo que nosotros los seminaristas esperábamos con avidez ver al nuevo profesor, del cual se nos contaban cosas tan magníficas. Le vi llegar entonces con su cara delgada y fina, aunque él siempre fuese más bien corpulento, con aquella sonrisa con que pasaba entre nosotros cuando estábamos en fila esperando a la clase, en la que no sabíamos si había sólo bondad, como siempre hubo en la suya, o si había también un poquito de ironía cuando pasaba con aquella sencillez que tuvo toda su vida, y se dirigía a la cátedra. Le tocó una cátedra de Dogma de las tardes, una de estas cátedras que suele haber un poco desgraciadas, que durante varios años había estado con profesores interinos, acostumbrándose los alumnos a no estudiar. Y llegó don Máximo, y no fué un hombre que se impuso y obligó a estudiar; fué un hombre que empezó a explicar y que interesó y que hizo que los alumnos estudiaran sin más. Yo conozco a alguno que hoy se ha dedicado de lleno al estudio y que fué entonces cuando comenzó a estudiar, y hasta entonces no hacía nada.

Yo no tuve la suerte de ser su discípulo. Solamente recuerdo que en una ocasión vino a darnos también, en plan interino, una clase de historia bíblica, pues no vino el profesor titular. Don Máximo nos enfocó la historia bíblica haciéndonos la introducción a ella desde el punto de vista teológico, planteándola bajo el aspecto del modernismo. Era la primera clase de aquel calibre que oía, y recuerdo que, al terminar, yo no hubiera sabido muy bien decir todo lo que él nos había dicho; pero salí con la impresión de que aquel hombre tenía

como va el ciervo a la fuente de las aguas, porque no era otra cosa que la corriente de agua fresca y cristalina que atrae a quien tiene sed. Por eso nunca habréis visto en torno a su persona todas esas ridiculeces y extravagancias que algunas veces se suelen observar. Él sabía muy bien hacer a cada persona guardar su puesto y hacer que la dirección fuese dirección espiritual.

En esta labor tan trabajosa para el sacerdote, tan útil para el alma que la recibe, él sabía ser generoso, él parecía que nunca decía basta. En alguna ocasión me hablaron en una residencia que necesitaban un confesor, porque ya no eran suficientes los que había, y me preguntaron qué me parecía don Máximo. Yo recuerdo que les contesté: "Ya lo creo; pero don Máximo tiene mucho trabajo. No podrá." Sin embargo, no cejaron y fueron a ver a don Máximo, y cuál fué mi sorpresa cuando vi que había aceptado y comenzaba a ir todas las semanas a confesar después de todas las cosas que tenía. Y al poco tiempo recuerdo que unas religiosas me llamaron. Querían que yo les dedicase también unas horas de confesonario, y les dije que me era imposible en absoluto, y me argüían, y no dejaban de tener razón, que don Máximo no estaba menos ocupado que yo, y había accedido a su demanda.

Era hombre generoso, era hombre que llevaba dentro esta vocación sacerdotal del alma que ha nacido para las almas y que vive para todos.

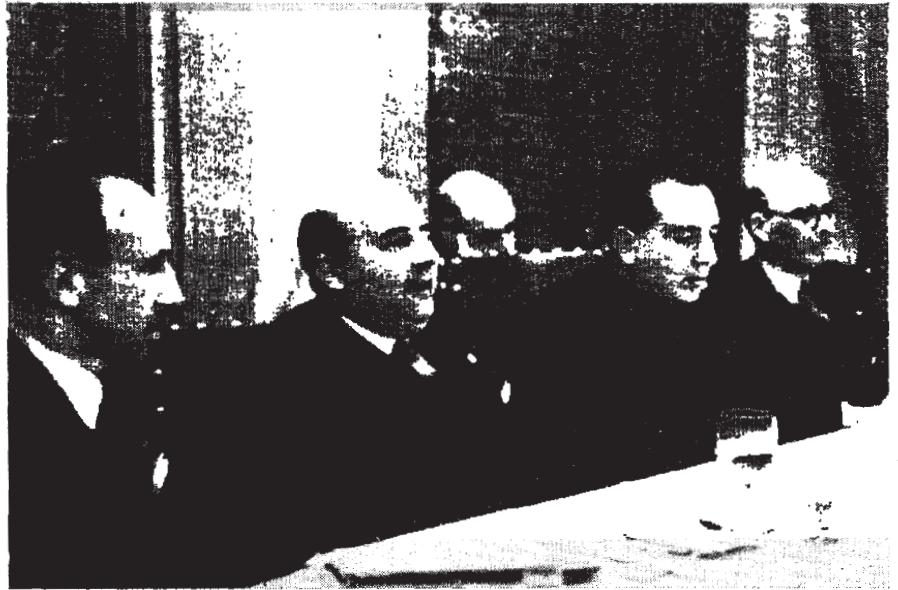
De cuál era su espíritu, ¿qué os voy a decir yo! Creo que mejor que mis explicaciones será leer algunas cosas, pocas, de este librito "Ejercicios espirituales de San Ignacio" y las anotaciones puestas por don Máximo.

En las reglas a veces no son sino la expresión de la satisfacción de este hombre filosófico al ver ciertas observaciones de San Ignacio, como cuando dando la razón de la distinta manera de obrar en el alma, el espíritu bueno y el malo, dice San Ignacio: "Porque cuando es contraria la disposición del alma entran con estrépito y con sentido..." Y don Máximo pone al margen: "Bien". Y un poco antes, en la regla quinta, hay un pequeño texto que ha subrayado: "Si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado a todo bien, señal es de buen ángel." Y luego, en la regla sexta, donde San Ignacio escribe: "Aprovecha a la persona que fué del tentada, mirar luego en el discurso de los buenos pensamientos que le trujo, y el principio dellos, etc.", don Máximo pone al margen: "Muy atinado."

En otros sitios pone "muy interesante", en otros "importantísimo". Pero no quiero cansaros. En las anotaciones también tiene una serie de observaciones marginales. Sólo voy a leerlos tres. En la anotación séptima, donde dice San Ignacio "El que da los ejercicios si ve al que los recibe que está desolado y tentado, no se haga con él duro..." Don Máximo ha subrayado esto, y al margen dice: "No se apague la mecha encendida ni se quiete la caña abatida." ¿Qué bien va esto con su espíritu! Después, en la anotación décimoséptima, donde San Ignacio dice: "el que da los ejercicios, no queriendo pedir ni saber los propios pensamientos ni pecados del que los recibe...", don Máximo pone al margen: "No forcemos las conciencias." Y aun antes, en la décimoquinta—última que les leo—, donde dice San Ignacio: "El que da los ejercicios no debe mover al que los recibe más a pobreza

ni a promesa que a sus contrarios...", escribe don Máximo al margen: "Sea Dios el que comunique la vocación. Seamos como el aire que rodea, pero no carga ni molesta. Al leer esto creo que estamos viendo a don Máximo en acción, porque era esto: como el aire que

que luego iría a su casa. Y, efectivamente, fuí y le encontré anonadado. Me decía: "Mira, Jesús; me han perturbado. Yo tenía ahora ordenada mi vida muy bien. Este año tenía todas mis cosas en su nora y ahora con esto me arrancan de aquí, y a otra cosa." Realmente



Nuestro Presidente pronunciando su discurso en el homenaje que el Centro de Propagandistas de Madrid tributó a don Máximo por su exaltación al episcopado

nos rodea, pero no nos carga ni nos molesta.

Ejemplo de sacerdotes católicos

El sacerdote no es solamente sacerdote cuando habla en el púlpito o cuando está en el confesonario. El sacerdote lo es en todas partes. El sacerdote enseña con su vida, con su palabra, con su ejemplo, con el efluvo de su vocación sacerdotal. Y esto todos sabéis que lo hizo don Máximo a maravilla. Todos le hemos visto por las calles avanzar con aquel paso que nunca alteraba, y le hemos visto muchas veces con otra persona a su lado: con muchachos jóvenes u hombres maduros, que venían tratando sus asuntos, asuntos del alma o no del alma, porque era hombre que sabía tener su expansión y comprender a todos. Era el sacerdote y amigo que a la persona que había estado con él no solamente le dejaba en el corazón una buena impresión, sino que le dejaba un deseo de ser bueno, que ya es un ministerio sacerdotal.

Por último, llegó el año 1945, aquel día que todos hemos vivido, en que cayó en Madrid la noticia de que a don Máximo le habían hecho Obispo. Yo recuerdo que no pude comunicar con él en todo el día. Por la noche, cuando fuí al Instituto de Cultura Religiosa Superior a dar mi clase, me encontré, maravillado, que salía él de dar la suya como un día cualquiera. Le saludé y quedé en

lo que para otro quizás hubiera podido ser una noticia halagadora, para él, en aquel momento, era algo que le abrumaba.

Después asistimos a su consagración episcopal. Todos los que estuvisteis allí recordaréis el esplendor de aquel día, en que el pueblo de San Sebastián, que sabe hacer las cosas muy bien, las hizo lo mejor que supo. Y en aquella consagración tan solemne todos nos emocionamos al oír aquel coro en aquella iglesia, que en aquellos momentos creo que no podría envidiar a ninguna catedral del mundo. Aquel coro, en el que sonaban los acordes de Réfice, de aquel "Credo" entonado por el coro y pueblo, en el cual iban encerrados la fe de aquel nuevo Obispo común con la fe de todos los que habíamos ido a comulgar con él en unos mismos sentimientos y unas mismas ideas.

Herido de muerte

He oído decir que el corazón de don Máximo se descompasó por la emoción del día de su consagración. Comentaba esto con persona muy allegada a él, y me decía: "Mire usted, hablando conmigo me decía: aquel día yo no sé qué sentía aquí dentro, y cuando me daban la enhorabuena me daba latidos el corazón." Efectivamente, debió ser así. Aquel día en que se entregaba a Dios, Dios ponía en él el principio del fin. Dios aceptaba su consagración en parte para iniciar una gran labor en esta vida, pero más todavía para la otra vida.

De lo que a partir de aquel momento hizo no me toca hablaros a mí. Aquí he de hacer punto final. En este momento en que aquí nos reunimos sus amigos para dedicar un homenaje cálido a su memoria, queden estas palabras mías como pobre corona tejida en su honor lo mejor que supe hacerlo, corona dedicada al sacerdote santo, al hombre bueno y, sobre todo, al amigo entrañable. (Grandes aplausos.)

Encíclicas políticas de
— León XIII —
**Diuturnum, - Libertas
Inmortale Dei**
Pedidos a Alfonso XI, A. Madrid

DON MÁXIMO, OBISPO

CONFERENCIA DEL M. I. SR. D. DOMINGO GARCIA, CANONIGO DE CIUDAD RODRIGO

Excelentísimo y reverendísimo señor, señoras y señores:

Cuando tuve el honor de ser elegido por el ilustrísimo cabildo catedral para representarle en esta sesión necrológica que la benemérita Asociación Católica Nacional de Propagandistas dedica al que fué su consiliario el excelentísimo y reverendísimo doctor don Máximo Yurramendi Alcain, de santa gloria, no dudé un momento en aceptar tal designación. Se me ofrecía una ocasión para tributar un homenaje más al que fué mi bondadoso padre y gran maestro, y al propio tiempo quería agradecer, en nombre de mis compañeros de cabildo, a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas las atenciones incontables que con nuestra queridísima diócesis directamente y en la persona de tan bondadoso Obispo había tenido. Y aquí estoy cumpliendo este deber.

A la verdad que preferiría no hablar para no juntar mi humilde voz a estas voces sublimes que resuenan hoy en este salón, donde escuchamos a estos maestros, profesores de la Universidad, beneméritos miembros del cabildo de Madrid, y además viene la auténtica representación del Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo en la persona de su dignísimo alcalde. Pero no puedo menos de decir algo. Temo, también, porque en la hora de la muerte es cuando viene también la hora de los elogios. Y aun cuando realmente ya han pasado más de dos meses de la muerte de don Máximo, sin embargo pueden creerme que todavía la tengo muy en el alma y puedo decir que aun no he dejado de llorar a aquel santo Obispo, y temo que me traicione un poco la expresión y no sea exacto en mis juicios ante la emoción que pudiera tener. Pero recuerdo haberle oído con gran frecuencia una comparación, que él decía que la había oído también (como decía muy bien don Jesús Enciso, junto al señor Patriarca se aprenden muchas cosas): "Se podrá sentir pena por el homenaje que uno tributa a una persona querida; pero cuando es una flor que se deposita en el pecho amoroso de una madre o un padre, por muy pobre, desolada y marchita que esta flor esté, se siente cierta complacencia". Y esta es, señores, la disposición de ánimo que tengo yo ahora, ver pobre y sencilla la flor, sin aroma, sin color, que voy a depositar en nombre de mi diócesis sobre la tumba del padre bondadoso. Y al verla así, como la deposito con todo cariño, con toda mi alma, sé que él desde el cielo lo agradece y la bendice.

El nombramiento para Obispo de Ciudad Rodrigo

Os recordaba hace un instante don Jesús Enciso aquel primer día de diciembre de 1945 cuando "L'Osservatore Romano" y el "Boletín Oficial del Estado" publicaban la gratisima noticia: "Monseñor Máximo Yurramendi Alcain ha sido elegido Obispo titular de Messene y administrador apostólico de Ciudad Rodrigo. La ciudad, levantada sobre los montes, difícilmente puede permanecer escondida. Y aun cuando la humildad de don Máximo era grande, sin embargo aquella claridad de pensamiento, aquella sonrisa acogedora, aquella bondad que se había manifestado tantas veces en la clase del seminario, en las clases de la

Escuela de Periodismo de "El Debate", en las del C. E. U., en aquellos asesoramientos del Consejo Diocesano, y, sobre todo, aquella prudencia de consiliario de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, se había hecho proverbial, y por eso de consuno el Padre Santo y el Jefe del Estado se fijaron en don Máximo, por ser una figura de mucha esperanza para la Iglesia y para la Patria.

Y fué elegido Obispo, y don Máximo sintió una emoción tan extraordinaria, tan grande, y le afectó tanto, que decía que desde entonces había sentido precisamente aquella angustia que él no sabía expresar, pero que fué más tarde la traidora enfermedad, que nos privó de su preciosa vida. Desde el día que vino el nombramiento recuerdo me decía que sobre él sentía algo especial, una cosa que le ahogaba. Para que vean ustedes con qué humildad recibía el nombramiento episcopal. Fué aquella otra fecha también memorable del 31 de marzo, aquella "Dominga laetare" de 1946. Señores, ¡qué fecha tan remota y qué fecha al propio tiempo tan cercana! Cuando en aquella soberbia iglesia de Santa María, de San Sebastián, en un día espléndido de sol, sin brumas, se consagraba Obispo don Máximo Yurramendi Alcain. Qué bien, qué acertadamente decía don Jesús: "aun recordáis los que asististeis la impresión magnífica" de aquella pulcritud de uniformes, de ornamentos episcopales, de trajes de gala que daban brillantez a aquel solemne acto, y aquella magnífica música de aquel colosal coro; qué bien resultaba todo y qué emocionado estaba el nuevo Prelado.

Decía que antes de ir a la consagración había formado bien la intención y se había decidido a entregarse por completo a Dios Nuestro Señor. Quería que todos los que le conociesen se acercasen más a Dios Nuestro Señor. Había hecho una lista de sus peticiones para aquel día, y decía después que no se dió cuenta de nada más. Solamente al final se daba cuenta de que estaba sangrando su dedo de tanto apretarle la mano y besarle el anillo; le habían herido extra-

ordinariamente, y su mano bondadosa sangraba.

Entrada triunfal en su diócesis

Y fué aquel 28 de abril de 1946, después de cuatro años de orfandad, cuando la diócesis de Ciudad Rodrigo recibía a su Prelado. Pueden figurarse el interés con que se le esperaba. De todos los pueblos llegaban hombres de rostro curtido por el sol que querían ver a su Prelado. Kilómetros antes de llegar a la ciudad ya estaban los charros a caballo esperándole para darle escolta a su coche, y nuestras históricas murallas resultaban pequeñas para contener aquella riada humana que se colgaba de ellas y colocaba al lado del Prelado. Porque Ciudad Rodrigo tiene como primer timbre de gloria el haber sido cabeza de Obispado muchos siglos hace, y cuando, por secretos designios de la Providencia Divina, llega la hora de recibir a su Prelado, rompe sus diques en afectos sinceros y se hace al Obispo un recibimiento tan magnífico como el que se tributó a don Máximo Yurramendi.

Y desde entonces ya fué nuestro Obispo como fué el Consiliario del Centro de Madrid, y siguió siendo después Consiliario nacional de la Asociación Nacional de Propagandistas.

Vida sencilla y laboriosa

Acaso podrían pensar que don Máximo cambió de vida al ser Obispo. No. La vida de don Máximo no podía ser más sencilla como Obispo. Sencillo el palacio donde vivía, sencilla la gente con quien trataba, sencillo todo en Ciudad Rodrigo, tenía que ser sencillo también don Máximo y sencilla fué su vida. Ni siquiera quiso tener a su lado un capellán—lo menos que podía tener constantemente en su palacio—. No, no quería molestar a ningún sacerdote ni quería dar cargas a la diócesis. Nada. Le acompañaba en la hora de misa para ayudarle, un seminarista, y después, para salir de paseo y en los actos oficiales, le acompañó mucho tiempo el actual señor Penitenciario de Valladolid,



Charros a caballo acompañan al nuevo Obispo al entrar en Ciudad Rodrigo

don Tomás Sánchez Peinado, y más tarde un servidor.

Sencillo don Máximo a más no poder. Quería ocultarse siempre. Le decíamos: "Señor Obispo, póngase el manto, lleve las borlas sobre su sombrero." "No—añadía.—; sacerdotalmente y nada más." Un sacerdote más. Había que imponérselo, cuando era necesario, para que así lo hiciera. Cuantas veces en las oficinas del palacio episcopal, cuando menos cuenta nos dábamos, el señor Obispo pasaba a firmar los documentos, y decía: "Aquí mismo; en cualquier sitio." Y allí firmaba con la sencillez con que lo podía hacer un oficinista cualquiera. Sencilla la vida de don Máximo a más no poder. Se levantaba temprano, y en aquella capilla fría del palacio, hacia de rodillas su meditación, se preparaba para celebrar la misa, la celebraba, después daba gracias, rezaba sus horas e iba a pasar un rato con su familia. El desayuno era café sin leche, cuanto más cargado mejor, y un poquito de fruta. Después, a las diez, empezaba las visitas, y aquí don Máximo se entregaba al pueblo.

¡Y qué de visitas! Porque todo el pueblo tenía derecho a visitar al señor Obispo y tenía derecho a exponerle sus problemas. Y allí recuerdo de una pobrecita mujer argentina que no tenía medios para marchar a su tierra, y acudió a don Máximo para que le arreglara un pasaporte para la Argentina, y don Máximo le arregló el pasaporte para ella y para sus familiares. Había más; era la pobrecita viuda que no cobraba, que no le mandaban el subsidio, y allí estaba en el palacio episcopal solicitando del señor Obispo se lo solucionara, y don Máximo, tan bondadoso, la atendía.

Pero no crean que solamente eran estos problemas los que tenía planteados. También le visitaban la gente mejor y la más culta de Ciudad Rodrigo acudía a recibir sus orientaciones, siempre tan exactas y precisas. Más aún; él no pudo recibir ya por motivo de su enfermedad al mismo embajador de la Argentina, que agradecido profundamente a alguna de las bondades de don Máximo, quería visitarle en su propia diócesis. Y hasta las dos de la tarde estaba recibiendo visitas. Después de su parca comida reposaba un poco y empezaba a contestar su correspondencia. ¡Qué tiempo le llevaba la correspondencia a don Máximo! Porque era la correspondencia de toda España y la oficial de la diócesis; y se entretenía hasta las cinco de la tarde. Después salía una hora de paseo—él llamaba paseo a eso—: visitar conventos, hacer la vela al Santísimo, charlar con los chiquillos en la calle y regresar a palacio, donde se entregaba a su estudio hasta bien entrada la noche; cenaba y descansaba. Esta era la vida de don Máximo, Obispo; la vida privada.

Visitas pastorales

La vida del señor Obispo al exterior era también sencilla. El Obispo tiene la obligación de girar visita pastoral a la diócesis cada cinco años. La diócesis de Ciudad Rodrigo tiene una extensión de 4.259 kilómetros cuadrados, 106 parroquias, 140.000 almas, seis parroquias filiales, 75 santuarios y ocho casas religiosas. Y hay que tener en cuenta que la mayor parte de los pueblos de la diócesis de Ciudad Rodrigo pertenecen a Salamanca, algunos a Cáceres, y, por tanto, no es tan fácil llegar a los pueblos en visita pastoral. Alguna vez hubo que ir en camión, otras veces andando.

Pero yo les quiero hacer constar que

al año de estar el señor Obispo en Ciudad Rodrigo había visitado toda su diócesis, conocía todas sus parroquias. Algunos llegaron a decir que eran visitas relámpago. ¿Por qué visitas relámpago? Cuando el señor Obispo se enteraba de cuanto había en la iglesia y cuanto pasaba en la casa parroquial y en las escuelas y visitaba los cementerios,



En plena visita pastoral

recibía asociaciones, visitaba incluso a enfermos. Llamar visita relámpago a las de don Máximo, cuando tenía tiempo para bautizar al niño, porque la madre tenía mucho interés en que así fuera, etc., etc.

Los que le seguíamos, nos agotábamos, porque el trabajo era agotador. El hablaba en todos los pueblos dos veces y nos daban las altas horas de la madrugada en visitas parroquiales. Nunca estaba cansado. Así era don Máximo en la visita pastoral. ¡Cómo recordaba las cosas y cómo les ilusionaba a aquellos buenos diocesanos cuando los hablaba de lo que había en su tierra, de aquella imagen de la parroquia, porque se acordaba de todo!

Amor a los sacerdotes y labor fecunda pro Seminario

Don Máximo amó la diócesis de Ciudad Rodrigo como un padre quiere a sus hijos. Así amaba también don Máximo a sus sacerdotes. Yo temo ser largo, y concretamente les voy a decir las cosas. La primera vez que don Máximo asistió a los ejercicios espirituales del clero les dijo que venía a darles gusto. Deseaba que todo sacerdote le dijera lo que pretendiese y si podía complacerle lo hacía. Y la última cosa que dijo de un sacerdote fué, "parece que tal sacerdote no está contento. ¿Usted sabe si estaría a gusto en alguna parroquia? ¿Le ilusionaría ir a tal parroquia? Pregúnteselo." Efectivamente, aquel sacerdote quería ir a aquella parroquia. Levantó sus manos al cielo, en sus últimos días de existencia, y dió gracias a Dios, que le proporcionó la alegría de dar una satisfacción más a un sacerdote diocesano, porque quería obrar igual que un padre para con sus hijos.

Siempre fué al Cabildo buscando la justicia, las enseñanzas, etc. Consultaba a los párrocos. Había unas bodas de plata sacerdotales, y allí el primero el señor Obispo. Acudió a Roma para

tener la facultad de bendecir al pueblo en ese día.

Y al Seminario, don Máximo le llamaba el amor de los amores. Cuando entró en el Seminario por primera vez, se le cayó el alma al ver aquel edificio desmantelado; volvió a palacio y se echó a llorar. Había recibido una impresión pobre. Y entonces don Máximo

decidió hacer por el Seminario todo cuanto pudiera.

Y, efectivamente, que lo pudo. Inmediatamente comenzó la reforma del plan de estudios. Mandó un sacerdote a Comillas para que viera cómo llevaban las Humanidades, para hacer algo parecido, y procuró que vinieran los mejores directores de ejercicios espirituales, preferentemente del clero secular. Y él mismo iba a dar la plática en el día de retiro a sus seminaristas.

El problema que tienen planteadas las diócesis sobre los seminarios de verano don Máximo lo solucionó inmediatamente. Hoy la diócesis, gracias a don Máximo, tiene un magnífico Seminario de verano. Y fué debido a esa su amabilidad para tratar con las autoridades tanto provinciales o locales como nacionales. Obtuvo del señor gobernador civil la mitad de todo cuanto le costase reconstruir un edificio antiguo, un convento en la sierra de Gata, que es hoy un hermoso Seminario de verano. Y vió que necesitaba también en el Seminario unas religiosas para que atendieran a los seminaristas, y buscó; después de no pocos esfuerzos consiguió que unas religiosas del Amor de Dios fueran al Seminario de Ciudad Rodrigo. Y lo consideró como un premio por coincidir su llegada con el aniversario de la exposición diurna del Santísimo en la iglesia de la Tercera Orden.

Lo más difícil era reconstruir el edificio. Comenzó la obra, y cuando le decíamos: "Don Máximo, ¿si no tiene dinero!". Contestaba que era obra de Dios.

Yo no sé las cifras exactas, pero aproximadamente lo que del Estado logró fué cerca del millón. Se organizó una colecta en Ciudad Rodrigo, y las colectas dan muy poco en nuestra diócesis, pues una colecta que diese 10.000 pesetas sería extraordinaria. Y la del seminario ascendió a 250.000 pesetas, por obra y gracia de don Máximo. Un día me decía: "Estoy contentísimo, tengo una fuente, que no puedo decir, pero desde luego

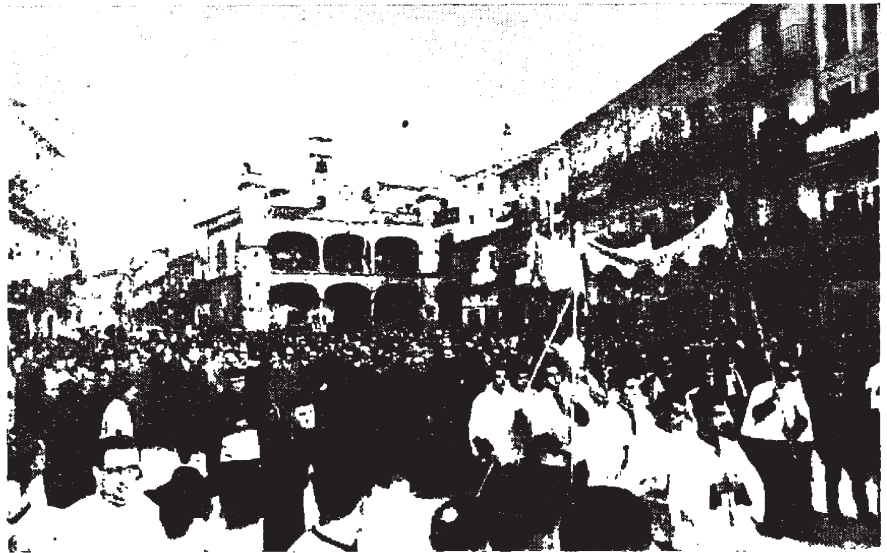
confío llegará a dar un resultado espléndido". Yo espero que esa fuente lo dé y llegará ese día feliz. Y es muy consolador el ver el cariño que han puesto las autoridades civiles. Recuerdo la promesa que hizo el director general de Asuntos Eclesiásticos sobre el cadáver todavía caliente de don Máximo cuando en el día de su entierro dijo: "Por la memoria de don Máximo continuaré ayudando cuanto de mí dependa a la diócesis de Ciudad Rodrigo, para que se termine la obra que él ha empezado". Llegó a fundar 10 becas en el poco tiempo que estuvo; consiguió seis o siete pensiones anuales para otros tantos seminaristas pobres.

Este es el cariño que tenía don Máximo para con su Seminario. Don Máximo gobernó la diócesis admirablemente bien. Porque don Máximo tuvo alma de apóstol, y su gobierno estaba cimentado en su vida interior. Don Máximo era mortificado. Jamás en la enfermedad se quejó. Le decíamos: "¿Pero sufre, don Máximo?". No, decía; si estoy muy bien. Era un hombre extraordinariamente mortificado, de mucha oración y de mucha humildad, y por ello triunfó sobre el clero y sobre el pueblo. Tenía miedo a equivocarse; por eso buscaba los asesoramientos del Cabildo, de profesores, de arciprestes, de párrocos y hasta de coadjutores. Quería saber el pensamiento de todos para ser justo y obrar con equidad.

Y esto es lo que yo les puedo decir de don Máximo. Obras colosales para el clero, para el Seminario, para la Acción Católica. Hubo unas misiones fervorosas en Ciudad Rodrigo, acaso sin tanto ruido como las de Valencia, pero para mí de tanto éxito. Se preocupó grandemente de los ejercicios; parroquiales y fundó una casa de ejercicios diocesana y otras muchas cosas que no puedo decirles ahora.

Una muerte ejemplar

Nada más que como su vida fué su muerte. Realmente la muerte fué de santo. El sabía que se moría; tiempo antes sabía que su enfermedad no tenía solución y aceptó gustoso su muerte y la ofreció a Dios y la recibió con la sonrisa de su vida. Efectivamente, hasta muy poco tiempo antes de morir tuvo todo el conocimiento y deseó que el teléfono se le pusiera a la cabecera de la cama para contestar directamente a todos cuantos se interesaban por su sa-



Aspecto de Ciudad Rodrigo a la entrada del doctor Yurramendi

Jud. Para consuelo de los propagandistas quiero sepan también como murió el día que él quería: el día de la conversión de San Pablo, a quien tenía tan tísima devoción. Descanse en paz aquel Obispo santo, celoso, culto, abnegado,

sacrificado, bondadoso, habiendo regentado solamente la diócesis de Ciudad Rodrigo dos años, ocho meses y veintiocho días. Con lo poco que vivió llenó la carrera de una larga vida. (Grandes aplausos.)

EL "BOLETIN DEL OBISPADO DE CIUDAD RODRIGO" Y EL DOCTOR YURRAMENDI

La muerte de nuestro Consiliario Nacional tuvo amplia resonancia en toda la prensa española y aun en la prensa católica extranjera, que le dedicó largos comentarios. Especialmente los periódicos de Guipúzcoa, así como los de las regiones leonesa y extremeña, se ocuparon de nuestro llorado Consiliario, dedicándole gran espacio y los mayores elogios.

El "Boletín del Obispado de Ciudad Rodrigo" publicó el mes pasado un número extraordinario "en honor y perpetua memoria" de su Prelado tan querido. Después de una detalladísima información del fallecimiento y exequias del doctor Yurramendi, inserta numerosos trabajos debidos a prestigiosas fir-

mas, entre los que destaca uno de nuestro Presidente, don Fernando Martín-Sánchez—"Pasó por el mundo haciendo el bien"—, que reproducimos en la página cuarta de este mismo número. En sendos artículos se estudia la personalidad de don Máximo como profesor, como intelectual, como Prelado, al propio tiempo que los momentos cruciales de su vida, tan copiosa en frutos de sabiduría y caridad. Varias inspiradas poesías, que exaltan la grandeza de alma del inolvidable Prelado, realzan el valor de este número extraordinario del "Boletín del Obispado de Ciudad Rodrigo", en cuyas páginas palpita toda la devoción y afecto de los diocesanos mirabrigenses por su llorado Obispo.



El Obispo de Ciudad Rodrigo en la peregrinación a Fátima

Publicaciones de la A. C. N. de Propagandistas Por la comunidad cristiana

Principios del ordenamiento social, redactados por un grupo de estudiosos amigos del I. C. A. S. de Roma

Traducción de Isidoro Martín

Una obra que orienta a los católicos, dándoles normas para su "toma de posición" ante los más vivos problemas políticos y sociales del mundo actual

Pedidos a la Secretaría general de la A. C. N. de P.
Alfonso XI, 4. — MADRID

Don Máximo como Obispo y el pueblo de Ciudad Rodrigo

Por el Ilmo. Sr. D. JESUS SANCHEZ ARJONA
Alcalde de Ciudad Rodrigo

Señoras y señores:

Es para mí un gran honor que la Asociación Católica Nacional de Propagandistas me haya invitado a tomar parte en esta velada necrológica en memoria del que fué nuestro ilustre Prelado, para desarrollar el tema "Don Máximo como Obispo y el pueblo de Ciudad Rodrigo", y aunque en el primer momento me pareció una osadía por mi parte el aceptar esta invitación, tras breves momentos de reflexión comprendí que era para mí un deber como alcalde de Ciudad Rodrigo comparecer aquí, aunque mi amor propio sufriera al tener que leer estas pobres cuartillas al lado de los discursos de tan conspicuos oradores; y si mis ideas eran pobres, tenía sin embargo muchas cosas que decir de la magnífica labor desarrollada por el ilustrísimo y reverendísimo don Máximo Yurramendi al frente de la diócesis de Ciudad Rodrigo. Porque si bien es verdad que su episcopado fué corto, porque Dios así lo quiso, fué fructífero en extremo para la pequeña diócesis mirobrigense.

Desde su llegada a Ciudad Rodrigo, el día 28 de abril de 1946, don Máximo se captó la simpatía de todos sus diocesanos, pues desde el primer momento se dió cuenta de nuestro carácter, y recibiendo a todo el que a su palacio acudía, supo siempre dar un consejo al que se lo pedía o prestar su ayuda al que de él la solicitaba, no negándose jamás a ninguno de sus diocesanos, pero prestando siempre un mayor cariño e interés por los más necesitados.

Dando muestras de su gran actividad, a los dos meses de su entrada en la diócesis empezó la visita pastoral, y en muy poco tiempo visitó las 105 parroquias que la forman.

El 15 de agosto del año 1946 organizó el voto asuncionista, y en un acto solemnisimo en plena plaza del Caudillo, abarrotada de público, todas las autoridades de la ciudad prestaron juramento de defender la Asunción de la Virgen.

Su amor a los menesterosos, que tanto lloran su muerte, le llevó a organizar, en colaboración con las autoridades civiles, las Campañas de Navidad, consiguiendo interesar en ellas tan vivamente a la población que no ha quedado ningún mirobrigense, por muy pobre que fuese, que no haya tenido lo necesario para celebrar con alegría la conmemoración del nacimiento del Hijo de Dios.

También organizó la visita en peregrinación a la Virgen de Fátima, con extraordinaria concurrencia de fieles, llevada a cabo del 24 al 28 de junio del año 1947 y llamando la atención en Portugal por la devoción y fervor de los peregrinos.

Preocupado constantemente por el mejoramiento espiritual de su diócesis, organizó las solemnes misiones celebradas en marzo del pasado año en todas las parroquias de la capital, que culminaron en aquella solemne y conmovedora comunión general celebrada en la plaza del Caudillo, en la que recibieron la sagrada forma la totalidad de los habitantes de Ciudad Rodrigo, con sus autoridades al frente; y al terminar la

solemne misa en el monumental altar instalado en los soportales del palacio municipal, pronunció nuestro amadísimo Prelado, visiblemente emocionado, aquella conmovedora plática, llena de sanos consejos, que recordarán siempre con



Bendiciendo a su pueblo

emoción cuantos tuvieron la suerte de escucharla.

Otra de sus constantes preocupaciones fué el Seminario, iniciando la completa transformación del edificio, con la ayuda del Estado, para lo que consiguió la suma de 800.000 pesetas; pero no siendo esta cantidad suficiente, y para demostrar el cariño y solidaridad de sus diocesanos a su obra, organizó la suscripción pro Seminario, consiguiendo al-

canzar una recaudación de 285.000 pesetas, cantidad no alcanzada en ninguna suscripción anterior, y que fué un gran éxito de nuestro Obispo, teniendo en cuenta la pequeñez y pobreza de aquella diócesis.

Sus grandes dotes de inteligencia y de bondad fueron conocidas en las altas esferas ministeriales, consiguiendo en ellas ser escuchado, aprovechando siempre su influencia en beneficio de Ciudad Rodrigo, como lo demuestran las grandes obras de restauración que hizo el Estado en nuestra espléndida catedral durante su episcopado.

En sus relaciones con las demás autoridades fué siempre el consejero leal, no regateando jamás su ayuda para todo aquello que pudiera reportar un beneficio a Ciudad Rodrigo, y así consiguió del ministerio de Educación Nacional la creación de una Escuela de Formación Profesional y Preaprendizaje para artesanos carpinteros y herreros, que tanto bien hace a los obreros de nuestra ciudad.

De mí puedo decir que, durante el tiempo que ocupé mi cargo, siempre que solicité su ayuda para la resolución de cualquier problema de interés para mi pueblo me la prestó con entusiasmo y siempre pude contar con su cooperación decidida para todo aquello que podía reportar un bien para Ciudad Rodrigo.

Esta fué, a grandes rasgos, la labor de don Máximo Yurramendi como Obispo de Ciudad Rodrigo, y al conocerla comprenderéis nuestro pesar al perder a tan insigne Pastor, que en su corto pero fecundo pontificado tanto se preocupó del bienestar espiritual y material de su diócesis. Por eso, al pasar el tiempo, cada vez notamos más su falta, pero confiamos en que él desde el cielo nos ayude a conseguir, como constantemente pedimos a Dios, que el que le suceda pueda desarrollar la gran labor por él iniciada.



El pueblo de Ciudad Rodrigo rinde el último tributo a su querido Prelado

PALABRAS A LOS PROPAGANDISTAS

“EL PASO INICIAL DEL VERDADERO PROPAGANDISTA ES BUSCAR ALMAS PARA CRISTO”

“RECORDAD SIEMPRE EL DICHO DE SAN PEDRO: SEÑOR, ¿A QUIÉN SEGUIREMOS, SI SOLO TU TIENES PALABRAS DE VIDA ETERNA?”

Con motivo de la misa que al día siguiente de su consagración episcopal celebró el doctor Yurramendi para los propagandistas en el camarín de la Virgen del Coro, dirigió a los presentes estas hermosas palabras:



Hablando a los propagandistas

“Esta primera misa, después de los actos de ayer, no podía ser sino con vosotros los propagandistas, y aquí nos reunimos hoy en esta misa de comunión ante Nuestra Señora del Coro. Me reduciré a recordaros nada más que tres escenas evangélicas, para que en ellas recordéis la última entraña, la verdadera esencia de nuestra Asociación, y así vinculado este recuerdo de lo que es la Asociación al de Nuestra Señora del Coro, siempre tengamos ante nuestros ojos el ideal supremo que ha de alcanzar todo propagandista.

PRIMERA ESCENA.—Sea la primera escena aquella donde Nuestro Señor, después de haber hablado con la Samaritana, se encuentra con los apóstoles, y al instarle ellos para que coma, les responde: “Mi comida es hacer la voluntad del Padre y cumplir su obra.”

Levantad vuestros ojos y mirad que los campos están blancos para la siega. Ahí está el primer paso del propagandista: el apostolado. Ver el campo inmenso, blanco, que pide la siega, y por falta de segadores no se recoge la mies.

Recurrid siempre a esta escena del Señor; recordad que ése ha de ser el paso inicial de todo verdadero propagandista: el apostolado, el buscar las almas para Cristo cuando tantos nos esperan para que al menor contacto vengan a nuestro Salvador.

SEGUNDA ESCENA.—Sea la segunda escena cuando el Señor dirigió su oración sacerdotal a su Padre. Allí Jesús habló del espíritu sobrenatural que han de tener los discípulos. Los deja en el mundo, pero no quiere que sean del mundo. Quiere que sean uno, pero uno con la misma unidad que existe entre el Padre y El. Arracad, pues, de vosotros todo lo que sea natural, todo lo que pueda ser egoísmo, y suplantadlo por el espíritu divino, por el espíritu sobrenatural, por el espíritu de buscar las almas para Cristo; ése ha de ser el segundo paso del propagandista.

TERCERA ESCENA.—Y, finalmente, sea la tercera escena cuando el Señor habló por primera vez de la Eucaristía a sus apóstoles. Ya sabéis que muchos de los que siguen al Señor, cuando Cristo les habló de comer su carne y de beber su sangre, dijeron: “Son fuertes estas palabras, son duras estas palabras”; y le dejaron y se retiraron. Y entonces Cristo, dirigiéndose a sus discípulos, les dijo: “¿También vosotros queréis dejarme?” Y levantándose San Pedro, y hablando en nombre de todos, le dice: “Señor, ¿a quién seguire-

mos, si sólo Tú tienes palabras de vida eterna?”

Muchos siguen también a Cristo en este mundo mientras no hay obstáculos en el camino. Pero cuando hay que observar la virtud cristiana en medio de tentaciones, de dificultades, cuando cuesta ser cristiano, cuando el ambiente que nos rodea no es propicio, cuántos caen también en aquel modo de pensar, y entonces es preciso que digamos con los apóstoles: “¿A quién seguiremos sino a Ti, que tienes palabras de vida eterna?”

Pues bien; todas las mañanas, cuando os acerquéis a la comunión, recordad esta escena evangélica, como si Jesucristo desde el sagrario os dijera: “¿También tú me vas a abandonar?”, y responderle todos los días, como corresponde a un propagandista: “Señor, ¿a quién seguiremos si sólo Tú tienes palabras de vida eterna?”

Y recordando estas tres escenas, unidos a la Santísima Madre del Coro, unidos al acto que tuvimos ayer, levantad los ojos y mirad que los campos están ya blanqueando para la siega, y, en segundo término, recordando la oración sacerdotal de Jesús, separad de vosotros todo lo que sea natural y reunid allí a Jesucristo todo lo que sea sobrenatural, y, en tercer lugar, con esa doble disposición, no abandonéis nunca a Jesucristo, sino decidle: “Señor, ¿a quién seguiremos sino a Ti, que tienes palabras de vida eterna?”



Última fotografía de don Máximo con nuestro Presidente y varios consejeros de la Asociación, en la escalinata de la Santa Casa de Loyola, en septiembre de 1948